

MAESTRO DE ESCUELA

El 27 de noviembre celebran los maestros la festividad de su patrón San José de Calasanz, efemérides que como tantas otras, ha sufrido variaciones a lo largo de la historia docente. En la actualidad las fiestas de San José de Calasanz, Santo Tomás de Aquino y San Juan Bosco, dependiendo la Comunidad Autónoma correspondiente, se celebra una u otra, o se han unificado en la Fiesta de la Educación, Día del Docente, etc.

Este santo aragonés (1516-1648), que fundó en Roma las escuelas pías o de los niños pobres (conocidos por los escolapios), había nacido en Peralta de la Sal. Estudió teología en Valencia, y se hace sacerdote pese a ser el primogénito y heredero familiar. Marchó a Roma donde fundó sus escuelas para niños necesitados. Hasta la transformación urbana e industrial de España, la enseñanza elemental estaba en manos de los maestros, hombres mal pagados, que a menudo representaban la razón y la libertad frente al dogma y al rancio clasismo.

Las disposiciones del Concilio de Trento habían llevado al campesinado católico a la visita de misiones apostólicas y al aprendizaje del catecismo bajo la dirección del párroco. En 1767, los hombres ilustrados que forman gobierno con Carlos III redactan un artículo del fuero para las nuevas poblaciones de Andalucía y Sierra Morena que dice: *"Todos los niños han de ir a las escuelas de primeras letras, debiendo haber una casa en cada Consejo para los lugares de él; situada cerca de la iglesia, para que puedan aprender la Doctrina y la Lengua Española a un tiempo"*.

Sin embargo, la alfabetización de las masas y la educación pública tutelada por el Estado no se planteó hasta el asentamiento del régimen liberal. De esta forma, en 1857 se aprobó la ley de instrucción pública, apadrinada por Claudio Moyano, que contemplaba el establecimiento de escuelas primarias en todos los pueblos del reino y de otros centros y universidades, aunque dada la naturaleza de un sistema en el que estaba vigente el sufragio censitario, se distinguía entre la gratuidad de la escuela elemental y el pago de la secundaria por las clases medias.

En 1880 el Supremo Consejo de Castilla sancionó los estatutos del Colegio Académico del noble Arte de primeras letras por el que se organizó el trabajo semanal de las escuelas de primeras letras. Las clases permanecían abiertas de lunes a sábado de dos a cinco de la tarde, cerrándose dos tardes, para que los maestros participaran con sus pasantes o maestros aprendices, y en verano de cuatro a siete, para que adelantaran o perfeccionaran su arte o ciencia debatiendo las cuestiones más relevantes de su práctica.

En esta tesitura de debate entre grupos sociales y de confiscación cultural de los más pobres, cobró vida la profesión y vocación del maestro de escuela, cuyo rol rebasaba el proceso instructivo para integrarse en las llamadas fuerzas vivas de la comunidad. Esta proyección de la autoridad moral del docente, que se agudiza en el medio agrario, contrastaba con una acusada precariedad material. La frase *"pasas más hambre que un maestro de escuela"* ha pervivido en todos.

Ahora bien, el maniqueísmo profesional siempre rondaba a los maestros de pueblo, que ejercían su actividad lectiva en un aula y daba cabida a niños de todos los niveles educativos a los que se les enseñaban los rudimentos de la lectura, la escritura y el cálculo por las cuatro reglas y por el procedimiento memorístico.

Con el inicio del siglo XX, el Ministerio de Instrucción Pública y Bellas Artes sentó las bases para dignificar el oficio, al exigir titulación, garantizar la estabilidad en el empleo y regular los honorarios. No obstante, no fue tarea fácil desarraigar el tipo de docente tan autoritario como desmotivado, ni la inclemencia de la clase, mal dotada, insalubre y carcelaria. Azorín evoca con amargura sus recuerdos infantiles de la escuela de Monóvar: *"porque este maestro que me inculcó las primeras letras era un hombre seco, alto, huesudo, brusco de palabras, con unos bigotes cerdosos y lacios, que yo sentía raspear en mis mejillas cuando se inclinaba sobre el cantó para adoctrinarme con más ahínco"*.

Las voces críticas que se alzaron contra ese estado de cosas, procedentes de sectores sociales progresistas y grupos políticos reformistas, coincidieron en la necesidad de modernizar la escuela en sus instituciones, métodos y materiales a través de la Institución Libre de Enseñanza. De esta manera en los años 60 del siglo pasado, el maestro se convirtió en un rescoldo del pasado, mudando sus funciones y valores a la par que lo habían hecho el sistema educativo y la sociedad misma pero manteniendo su cualidad de engarce generacional y transmisor del conocimiento en pueblos y aldeas amenazados por la despoblación y el olvido. En la actualidad, la docencia se ha colectivizado, y ha desaparecido esta figura de Maestro rural, siendo un grupo de profesores los encargados de realizar esta noble tarea.

Cuentan los cronistas de la época que Albert Camus dedicó el discurso del Premio Nobel, en Estocolmo, a su maestro de escuela primaria, el señor Germain, y después de la ceremonia le escribió una carta muy emotiva para expresarle cuánto le debía de ese honor que acababa de recibir. "Sin usted, sin la mano afectuosa que tendió al niño pobre que era yo, no hubiera sucedido nada de esto... Sus esfuerzos, el corazón generoso que usted puso en ello, continuarán siempre vivos en uno de aquellos escolares, que pese a los años no ha dejado de ser su alumno agradecido". Aquel maestro de primaria se había empeñado en que un alumno lleno de talento, que se llamaba Albert Camus, estudiara el bachillerato; lo había preparado a conciencia, había vencido la reticencia de aquella familia de toneleros que se negaba a darle estudios porque necesitaba que el chaval llevara dinero a casa; el maestro le acompañó en tranvía al examen de ingreso, esperó el resultado sentado en un banco en la plaza del instituto y luego se desvivió para que le concedieran una beca. Era un chico espabilado, hijo de una madre sordomuda, de un padre muerto en la batalla de Verdun en la I Guerra Mundial y que crecía en el barrio obrero de Bellcourt en Argel, entre árabes pobres y franceses subalternos, al cuidado de una abuela. El maestro señor Germain le contestó a la carta: *"Creo conocer bien al simpático hombrecillo que eras. El placer de estar en clase resplandecía en toda tu persona. El éxito no se te ha subido a la cabeza. Sigues siendo el mismo Camus"*.

En cualquier tiempo, en cualquier lugar, hubo un niño que se encontró con un buen maestro como el señor Germain. Por los ventanales de la escuela de un pueblo perdido salía la cantinela de la tabla de multiplicar, con la lluvia en los cristales, según los versos de Machado. Tal vez el niño llegaba a la escuela municipal en invierno atravesando el campo a pie bajo la nevada y en el aula con un dedo lleno de sabañones señalaba en el atlas abierto mares e islas, que a buen seguro nunca podría navegar. O tal vez jugaba en un descampado en las afueras de la ciudad con otros golfillos sin más horizonte que el de ser un perdedor el resto de su vida. En cualquier tiempo, en cualquier lugar, hubo un maestro de escuela que un día puso la mano en el hombro de ese niño e hizo todo lo posible para que su talento no se desperdiciara. Convenció a los padres, pobres y analfabetos, de que su hijo debía estudiar y lo preparó personalmente para el ingreso en el bachillerato.

A semejanza de lo que le ocurrió a Camus no puedo dejar de contar otra historia más cercana. Era amanecer en un día de junio. En todo el pueblo resonaba el soniquete de guadañas, la piedra en el "cachapo" y el yunque y martillo (los hierros de picar la guadaña) que en los primeros compases de nuestro aprendizaje de segador siempre nos apetecía llevar al hombro para que pareciese que ya habíamos tomado la alternativa en el oficio, a modo del torero cuando la recibe en el ruedo.

El chico se levantó temprano como era costumbre para aprovechar lo más posible la fresca antes de que el sol empezara su fragor. Pero este día no iría al "prao". Se lavó la cara y el pelo con jabón en una palancana con el agua fresca del reguero, frotó la roña de brazos y rodillas con estropajo, se vistió con unos pantalones cortos, jersey verde y camisa blanca, todo nuevo, estrenado para el caso y que le servirían para la fiesta del 15 de agosto. Cogió un trozo de pan amasado el día anterior en el horno de la tía Saturna, lo untó con mantequilla que permanecía envuelta entre dos hojas de berza para mantenerla fresca y se lo comió sin decir palabra. Con el mismo silencio tomó un vaso de leche recién

ordeñada por su madre, que le dio un beso de despedida diciéndole que intentase mantener limpia la ropa pues sabía su manera de moverse por los caminos siempre jugando y trasteando. Pilló bajo el brazo una carpeta de cartón con goma elástica cruzada y salió en compañía de su padre. Al llegar a “La Pinilla” les esperaba el Sr. Maestro y los tres juntos emprendieron el viaje a pié por el camino hacia Boeza. Cuando abordaban la cuesta de “Llamagunda” el padre se despidió de ellos y tomó un desvío a la derecha por un sendero. A él le estaba esperando su tajo correspondiente en la mina pero, antes debía segar uno o dos carros de hierba en la Veiga, dejando los “marallus” tal cual salían del movimiento de guadañada. Porque más tarde la madre se encargaría de esparcirlos cuando hubiera terminado de hacer las labores de casa y sacase las vacas a pastar.

El muchacho y el Sr. Maestro continuaron hacía el cruce con la carretera asfaltada de Boeza donde pillarían el autobús de línea que les llevaría a Bembibre para allí coger el tren hasta León. En ese trayecto el Sr. Maestro aprovechó para dar unos consejos más y repasar algunas reglas o definiciones de matemáticas, geografía, historia, lengua...

El motivo del viaje era ir a un colegio de la ciudad para hacer el examen de ingreso al bachillerato. El desplazamiento, tanto en el autobús como en el tren, transcurrió sin incidente y en silencio, sólo interrumpido de vez en cuando por la voz del Sr. Maestro dando algún que otro consejo. En el vestíbulo del colegio se metieron en medio de la ruidosa algarabía de otros niños. Unos denotaban ser vástagos de la burguesía ciudadana y otros, como este muchacho, manifestaban la timidez del pobre campesino rural. Transcurridos unos minutos una voz aguda pero clara pidió silencio y fue llamando por rigurosos orden alfabético a cada uno de los chicos allí presentes e indicándoles la puerta de una sala contigua a dónde debían acceder. Cuando este chico del que hablo fue requerido, el Sr. Maestro con una ligera palmada en el hombro le animó a acometer el examen con entereza y sin miedo alguno. Una vez dentro del aula al chico le asignaron su sitio, se sentó por primera vez en un pupitre barnizado y esperó el cuestionario de preguntas. Lengua, historia, geografía, matemáticas... algunas de ellas coincidían exactamente con las que, horas antes durante el viaje, había repasado en compañía de su tutor. A la salida del examen una leve sonrisa en la cara del muchacho le hizo saber a su valedor que todo había salido perfecto. Como tenían tiempo suficiente para emprender el viaje de retorno se fueron al bar “El Ruedo”, en el llamado Barrio Húmedo, que regentaba una familia de Cabanillas. Allí pasaron juntos un rato compartiendo y alternando con los paisanos que por allí pasaban.

Pidieron unos bocadillos y mientras hacían buen uso de los mismos comentaron las incidencias del examen, sobre todo la buena preparación que previeron, pues estaban seguros de haber contestado eficazmente casi el cien por cien del cuestionario. De vuelta a la estación del tren para regresar a Bembibre se hicieron una foto en la Plaza de San Marcelo, que siempre fue la de Las Palomas, dónde estaba el viejo y artístico urinario que la sabiduría popular había convertido jocosamente en la “Mezquita de Ben I Mea”.

Ese niño, hoy adulto, licenciado, doctorado, no sé cuántos masters, directivo de empresa multinacional, miles de kilómetros recorridos por todos los medios posibles y no a pie, etc. repasa el álbum de fotos y recuerda a sus hijos, sobrinos y nietos que aquel día fue el más feliz de su vida ya que, gracias a lo que le habían enseñado en la escuela, el resultado de la prueba que recibió unos días más tarde por correo llevaba la coletilla de “cum laude”. El Sr. Maestro se llamaba Don Alipio y ya hace mucho tiempo que ha muerto. Como no encuentro otra manera más fiel de describir el quehacer y semblante de ese Maestro, recupero el artículo que se publicó en 1988 en la revista El Aguizo que editaba el ayuntamiento de Igüeña y lo reproduzco literalmente.

Don Alipio, aquel maestro de Quintana de Fuseros.



Se me amontonan las ideas, me excitan los sentimientos... Son tantas y tantos, que quiero ordenarlos en este reducido marco de un artículo de tal forma que, sin dejar nada en el "tintero", y menos en la "pluma", pueda sacar el lector - los que no tuvieron la suerte de conocerlo, pues, los que sí lo conocieron, son conscientes de su valía profesional - una conclusión clara y precisa de lo que representó, D. Alipio, para el pueblo de Quintana de Fuseros desde el punto de vista, principalmente, cultural y, al mismo tiempo, destacar el nivel cultural de sus habitantes.

Voy a empezar dando a conocer unos datos, los imprescindibles, sobre su Biografía:

Nació en un pueblecito, Bonella, del municipio de Riello (La Omaña, León) el 12 de Marzo de 1.912. Estudió los primeros cursos en Vegarizna (pueblo del mismo valle del Omaña). Continuó estudios en León, completando aquí su carrera de Magisterio. Después de haber participado en la Guerra Civil de 1.936-39, aprobó las oposiciones para ingresar en el Cuerpo del Magisterio del Estado. Impartió clases en la provincia de Oviedo, y - ya en León - en Sahechores de Rueda, Rosales, Vanidores, hasta que, su afición al deporte de la caza, le trajo a Quintana de Fuseros allá por el año 1.946. El año 1.950 contrajo matrimonio con D^a Amable Alvarez López - natural de Quintana de Fuseros y de profesión, también maestra - que impartió, asimismo, clases en Quintana de Fuseros desde el año 1959 hasta el año 1.983, siendo ellos dos los únicos docentes del pueblo desde el año 1.959 hasta 1.966 que empezaron a compartir con otros dos compañeros, repartiéndose los niveles de la enseñanza. (D. Alipio siguió dirigiendo la labor docente del pueblo). Tuvo un hijo y dos hijas. Después de una fructífera labor docente, falleció en Quintana de Fuseros - coincidencia de su profesión y religiosidad - el 27 de Noviembre de 1.972 (día en que se celebra S. José de Calasanz, patrón de los maestros).

Al llegar a Quintana de Fuseros, D. Alipio, y comprobar el estado cultural de aquellas personas, mayores y menores, se propuso modificar, dentro de sus posibilidades, algunas costumbres perjudiciales para la salud y aprovechamiento de las enseñanzas por parte de los alumnos, renovando el grupo consuetudinario, así como aumentar al máximo posible el nivel cultural de sus habitantes. Para ello se esforzó, con ahínco, en conseguir la asistencia a clase de los habitantes en edad escolar y lograr el máximo aprovechamiento del horario escolar vigente. En horas nocturnas, hasta el año 1.949 que se instaló el tendido eléctrico y llegó la preciada energía, iluminadas con lámparas de carburo y otros medios - podían haber sido, por qué no, "AGUZOS"- impartió clases para adultos a cambio de un precio insignificante (en más de una ocasión le oí comentar que las cobraba con la finalidad de que fueran valoradas, pues, todos somos conscientes que, en mucho casos por su precio).

Su labor docente y educacional no quedaba reducida a la escuela, se prolongaba más allá del horario de las clases, tratando de ser un valioso y fructífero complemento a la educación dada por los padres. No era infrecuente oír, ante una falta cometida por algún alumno: "Ya se lo diré al Sr. Maestro".

En muchos casos - en alguno con vehemencia, para que el alumno aventajado y facultado intelectualmente no perdiera la oportunidad - intervino como consejero e impulsor para que los padres decidieran llevar a sus hijos a otros colegios y, de esta forma, poder continuar los estudios realizados en sus clases. Incluso acompañó, en ocasiones, a sus alumnos a los exámenes de ingreso en el nuevo centro, que iban a realizar. También resaltar aquí la frecuencia con que sus alumnos ocupaban los primeros puestos en dichos exámenes y, por ello, en exámenes tan variados como: ingreso en congregaciones religiosas, ingreso de bachiller, ingreso en el Cuerpo de la Guardia Civil, etc.

También formaban parte de las enseñanzas y consejos que podía impartir: mejorar los trabajos agrícolas, mejorar los cuidados, atención e higiene del ganado, así como en otras actividades que él, interesado en saber y enseñar, conocía.

De todo lo anterior se desprende que casi todos los naturales de Quintana de Fuseros con más de 24 años fueron alumnos suyos. Unos, en clases nocturnas; otros en clases diurnas, nocturnas y de verano (también impartió

clases durante las vacaciones de esta última estación varios años).

Para una mejor aclaración, y como ratificación y rúbrica de la labor docente realizada por B. Alipio, vamos a comprobar unos datos estadísticos que a continuación se detallan.

Según la obra, "La provincia de León y sus comarcas", patrocinada por la Caja León, Junta de Castilla y León, Universidad de León y Diputación Provincial de León, y publicada en fascículos con el "Diario de León" de los domingos, puede comprobarse en el fascículo nº 3, página 56.

	Año 1950	Año 1956
Quintana de Fuseros	488 habitantes	429 habitantes

Detalle de los alumnos de D. Alipio que continuaron los estudios realizados en sus claes:

Títulos Superiores.....20 (1)

Títulos Medios12 (2)

Empezada carrera y no terminada..... 9

Otros estudios.....25

(1).- Licenciados Derecho 4; Religiosos 4; Militares 3; Económicas 3; Químicas 2; Filología Hispánica 2; Informática 1; Médico 1.

(2).- Magisterio 11; Ingeniero Técnico Industrial 1.

Me han llegado noticias que hay un equipo responsable y "que se estruja las neuronas" para nominar las calles del pueblo. Después de lo expresado, creo yo y ya lo habrán tenido en cuenta, les he resuelto la nominación de una de ellas con el de este MAESTRO.

León 31 de Mayo de 1.988

Mario González García

He repasado y contrastado estos datos y puedo asegurar, sin ningún género de dudas, que los números se quedaron cortos. Para entender el significado esencial de la labor que se desarrolló en un lugar concreto durante un determinado tiempo pienso que no es necesario entrar en mayor especificación o rectificación de cifras. Son bastantes más los que, habiendo conseguido título académico de grado medio o superior, no están incluidos en ese compendio. Y no están simplemente porque pienso que nuestro amigo Mario no debió tener constancia de los últimos grupos de niños a los que instruyó Don Alipio en los cuatro o cinco años previos a su fallecimiento. Y es que algunos de esos quizás sólo estuvieron con él muy poco tiempo, incluso simplemente meses.

Como ser humano, este maestro también tenía sus preferencias y sus rechazos...Evidentemente su manera de enseñar que, ahora se puede analizar desde la sabia perspectiva del tiempo, mostrará sus detractores y sus defensores pero el fruto está ahí para comprobarlo. Miguel Angel García, en la actualidad distinguido periodista, fue uno de aquellos niños que empezó la escuela con Don Alipio y escribe en el Coletivo Cultural "La Iguiada" de Noceda del Bierzo : "Los 7 años y medio que viví en Quintana son, sin duda, los 7 años más felices de mi vida, si no cuento el pavor que nos producía a todos Don Alipio, el maestro. Y eso que a mí me quería mucho porque era amigo de mi padre, quizá porque había estudiado en un seminario y Don Alipio ponía siempre una raya entre los que sabían letras y los que sólo sabían letanías".

Sus detractores le tildan de autoritario y de usar métodos imperfectos. No les falta razón, pero podemos recordar a Pablo Freire en "La educación como práctica para la libertad" cuando dice: "Solo educadores autoritarios niegan la solidaridad entre el acto de educar y el acto de ser educados por los educandos". En la misma obra afirma: "La cultura no es atributo exclusivo de la burguesía. Los llamados <ignorantes> son hombres y mujeres cultos a los que se les ha negado el derecho de expresarse y por ello son sometidos a vivir en una <cultura del silencio> ...y que Alfabetizarse no es aprender a repetir palabras, sino a decir su palabra". Modestamente...¿no opináis que ese Maestro instruyendo y formando en y de lo que sabía, aunque de manera superable, contribuyó que, a la postre, sus discípulos fueran más libres?. En cuanto a los métodos, él hacía lo que consideraba oportuno porque debía sobreponerse a muchas dificultades. No debemos olvidar esos dos proverbios que dicen: "Para educar a un niño, hace falta la tribu entera" y "Para educar

bien a un niño, hace falta una buena tribu". Su tarea no era nada fácil porque ¿cómo era la tribu?. Sin embargo, la gran mayoría le profesó respeto y eso supuso que, aquellos niños, al menos no fueron intoxicados de irresponsabilidad y de la imagen del "todo vale", de "coge el dinero y corre", de "a vivir, que son dos días". Si él castigaba, era mejor no llegar a casa diciéndolo porque entonces se recibía recargo. Lo que no puede ser es que, actualmente ese recargo se vuelva en contra del profesor y tal vez de los tutores.

Volviendo a la referida historia, aquel adolescente es un alto ejecutivo y muchos de los éxitos que ha tenido en la vida proceden de aquella mañana en que su destino tomó el sendero apropiado. Varios condiscípulos, de una u otra manera, están en los niveles más altos de los organigramas de las empresas donde trabajan: Grandes organizaciones nacionales e internacionales, farmacéuticas, financieras, corporaciones académicas, informática, compañías de servicios, etc. También es cierto que en la escuela del pueblo quedaron otros compañeros que decidieron no continuar con más estudios y que dispusieron ir a la mina, a trabajos menos cualificados, montar su propio negocio allí o en otro lugar, o simplemente seguir con las labores del campo o el ganado en la localidad que les vio crecer y estudiar las primeras letras. Inclusive éstos han destacado creando sociedades, comercios, firmas de destacada influencia y reputación. Especulo que la influencia recibida en sus primeros años de enseñanza algo tendría que ver, pues no todo puede ser fruto de la suerte y la casualidad.

En toda esa generación hay un saber o una instrucción que les une y les delata cuando les observas jugar al tute, la subasta o al mus en los bares del pueblo. Es una "molécula" o "descarga" que transmiten a sus descendientes. ¡Cuántos jóvenes comparten esa trayectoria de ilusión, superación y éxito de sus predecesores! Llegan los sucesores inmersos en las telecomunicaciones, catedráticos de las nuevas áreas tecnológicas, notarías, arquitectura, información, decididos emprendedores, etc. De igual modo se zambullen en fiestas, aficiones y tradiciones de sus ascendientes. ¡Movilidad general al grito de "acampada en la casina"! ¡Envidia de otras poblaciones! Además, no sólo porque así se lo enseñaron, sino porque creo que de alguna manera, insisto, lo lleva la gente de Quintana en el gen, comparten casi todo y sin distinción de clases. A igual que a Albert Camus el éxito tampoco se les ha subido a la cabeza.

Folio 127 Número 2586

Considerando que, conforme a las disposiciones y circunstancias prevenidas por la actual legislación,

Don Alipio Munis Pérez

natural de Bonella (Riella), provincia de León

de edad de 19 años, ha hecho constar su suficiencia en la Escuela Normal de León

el día _____ de _____ de 19____, con la calificación de _____, expido el presente

Título de Maestr. de primera enseñanza

que autoriza a l interesado para ejercer, con arreglo a las leyes y reglamentos vigentes, la profesión de Maestr.

Dado en Madrid a 7 de Agosto de 1921.

MINUTA
EL JEFE DEL REGISTRO

Carlos Lusa

